Extremadura Literaria

Revista Mensual

Mi madre

Por dentro del Amor

(Escenas de la vida provinciana), por

Luis Marcelo (Locemar).

P. ROMERO

EXTREMADURA

LITERARIA

REVISTA MENSUAL

Año I.—Número 3.º Cáceres Diciembre de 1909

Consejo de Redacción

DIRECTOR:

Don Pedro G. Magro.

REDACTORES:

Don Publio Hurtado.
„ Luis Grande Baudessón.
„ Diego María Crehuet.
„ Francisco Belmonte (Higinio de Balmaseda).
„ Federico Reaño (Edmundo).
„ Enrique Montanchez (Ripiosin).
„ Juan Luis Cordero (H. de X.)
„ Luis Marcelo (Locemar).

BIBLIOTECA PUBLICA CACERES

Badajoz: Tip. de Antonio Arqueros, Felipe Checa, 48.

Por dentro del Amor.

(Escenas de la vida provinciana).

Facil proemio.

PERSONAJES.

Don Pego: Hombre de 60 años, de fisonomía limpia, de ropa limpia, solterón apergaminado

Seña Dela: Ama de gobierno de don Pego; vieja y huesuda. Vive desde su mocedad con éste.

Petrisca: Niña de 18 años. Feucha su cara sin color. De bellos ojos *claros*, *serenos*, como de un Madrigal de Cetina. Parece lista, quizá es imbecil. Vive bajo la tutela de don Pego y Señá Dela.

Señor Salmón.
Marizola.....

Matrimonio que disfruta la tranquila posición de 40 años trabajando para tener un modesto ahorro á la vejez. Salmón sabe escribir. Marizola no aprendió á leer.

Perfecto: Hombre de 30 años. Soltero, hijo único de los anteriores Tiene algo de Salmón y es bastante Mari-

zolesco. Se parece á sus padres y es la esperanza de la familia.

Trini: Antigua criada de la casa de Don Pego. Adora á Petrisca y en su cariño leal de perro viejo tiene bondades secretas para todos los devaneos y para todos los caprichos de ésta, *su chiquita*, á quien vió nacer...

Nela: Amiga íntima, desde la infancia, de Petrisca. Es bella y es dulce con la serena hermosura de un alma infantil. Juntas fueron al Colegio, juntas tuvieron las primeras ilusiones en unos ojos negros... después traidores... Soñaron... y el dolor volvió á juntarlas.

ESCENA I

Sonata mísera.

En casa de Don Pego. Habitación modesta, puerta al foro, con balcón abierto al... Corral de la casa, donde se ven varias aves y animalejos que retozan y bullen al Sol de la mañana.

Junto al balcón, sentada, Petrisca borda en tela morada. Tal vez un manto para la Santa Rita que en un rincón de la estancia luce bajo su vitrina de cristal.

PETRISCA.

(Al mismo tiempo que borda, canta distraidamente).

—Huertanico de mi vida,
Mira tu si te querré,
Que aunque me casen con otro
Yo jamàs te olvidaré.....

(Fijo, el pensamiento distraído, en la cadencia final de la copla, deja la labor y, escrutadores sus

ojos, miran á una lejania ignota del tiempo y del espacio. Pensamientos y recuerdos llegan á su soledad mañanera y hablando tal vez con Santa Rita (porque hacia allí vuelve la cara) monologuea su sentir, que solo tienen la dicha de escuchar las aves y los animalejos del corral vecino).

—Nada, que no puedo seguir. Todos los días igual.

Me siento, cojo la labor, empiezo, empiezo con la copla y siempre en las mismas: la misma copla y la misma labor. Y es que no lo puedo remediar; por más que lo procuro, nada. Me persigue de noche y de día, despierta y en sueños, como una pesadilla solitaria y constante...

—No lo sé. No sé si es la copla la que sugestiona mis sentidos, ó si son mis sentidos los que se apropian de ese lamento de poesía agena que ellos sienten como suyo y que al crearlos un dolor gemelo, fué hecho para su dolor... Es así y me dá miedo, mucho miedo pensar en ello.

¡Oh, por Dios! no quiero, no quiero...

¡Si él lo supiera! *(Suspira muy larga, muy intensamente).*

(Se levanta y vá hacia el espejo que retrata su figura mimosa. Se arregla el cabello—unos rizos).

(Sigue). ¡Ah, qué tonta, qué tonta soy. Ni acordarme siquiera. Hoy vendrán los padres de Perfecto *(compasiva).* Me quiere el pobre y es bueno... demasiado quizá... Tampoco quiero pensar en ello.

Don Pego y Señá Dela se encargarán de todo *(abatida)* de todo.

(Otra vez vuelve á sentarse y á coger la labor.

Durante buen rato continúa ensimismada en la delicada tarea. Sus manos blancas se mueven ágiles y finas sobre la tela: parecen mariposas que juegan sobre un trozo sereno de lago en calma... Insensiblemente, muy quedo al principio, lentamente subiendo después, sus labios vuelven á susurrar la copla dulcísima).

(Canta).

—Huertanico de mi vida
Mira tu si te querré,
Que aunque me casen con otro
Yo jamás te olvidaré...

(Hace una pausa y sigue el hilo de su voz de plata tarareando al aire la música inarticulada de la copla).

SEÑA DELA.

(Que ha estado breves instantes mirándola, fija, desde la puerta antes de entrar, llega.) —Petrisca, hija, te estoy oyendo y me disgusta que cantes en un día como éste. Y luego, la coplita: «*que me casen con otro, que jamás te olvidaré...*»—¿Qué letanía es esa que siempre tienes en lá boca?—Tendrás tu mucho que pensar en cariños ú olvidos. Déjate de bobadas, chiquita.

—Tú tienes la gran suerte. Te quiere Perfecto y te casaremos con él.—¿Que más?

—Hay que amoldarse á las circunstancias. El es un hombre serio, tiene sus ahorritos...

—Sus padres vendrán esta tarde y es preciso que te prepares. A las dos comeremos.

Con que á ser seriecita, á vestirse bien y deja la labor. *(Inconsciente)*. Santa Rita te perdonará.

PETRISCA.

Oye, Dela. Y esta tarde fijamos el día de la boda?

SEÑA DELA.

Fijamos, fijamos?—¡Tú que has de fijar! Lo haremos D. Pego y yo con el señor Salmón y Marizola que vendrán.—Pero no te lo ha dicho Perfecto?

PETRISCA.

(Asombrada) ¡A mí no me dice nada! Es decir, sí: que me quiere, que me quiere, pero... Nada más.

SEÑA DELA.

Bueno, pues tiene bastante. Lo demás lo haremos nosotros. *(Burdamente maliciosa)*. Y vosotros.. Con que abur. Voy á preparar la comida, que pronto vendrá D. Pego. *(Sale)*.

PETRISCA.

Adiós... *(Quédase buen rato pensativa. Se levanta, deja abandonada la labor. Mira con tristeza á Santa Rita y al fin, otra vez junto al espejo, se para unos instantes)*.—Está bien, que no me ocupe de nada. Ellos lo harán todo. ¡Y mi voluntad? Para nada sirve por lo visto.– ¡El cariño y las afecciones?... Nada.

(Incierta). Y el caso es que no sé si voy resignada ó es para mí un capricho más. ¡Pobre Perfecto, es bueno... demasiado quizá! *(Transición)*. Y él—¿mi *huertanico*—qué dirá– qué pensará?

Tal vez mucho, quizá nada... Así terminaba la estrofa de uno de sus versos, de sus versos en que se anticipó á las realidades futuras... ¡Y él que me creía valiente! *(Vuelve, pensativa, la vista á la imagen de los imposibles y habla con voz que parecen esculpir cinceladas de convencimiento).* ¡Quizá lo sea!

(Vase, despacio, volviendo de vez en vez su cara incierta en que parecen reflejarse incertidumbres de alegrías? De tristezas?...)

ESCENA II

Vísperas-prosa.

La misma casa. En la otra estancia en que el espectador puede imaginarse á su capricho una sala modesta, aunque pretenciosa. La sillería antigua de gutapercha oscura se reparte alrededor de una camilla con vestimenta de encaje.

Dos balcones á la calle. Puerta al frente.

Es la hora confidencial del anochecer.

En un balcón entre follaje de macetas y boleteros, Petrisca y Perfecto sostienen interrogadoras miradas de silencio...

Al centro, rodeando la camilla, aparecen sentados en primer término, á la derecha, Sr. Salmón, siguen D. Pego y Marizola y por último Seña Dela.--Hablan:

SR. SALMÓN.

(A D. Pego). Pues Señor mío, tal día, este día será siempre recordado con satisfacción, con muchas satisfacciones por todos, porque todos

seremos los satisfechos. *Indubitablemente* hacemos la felicidad de los chicos. Ellos se quieren, y qué mayor gloria para nosotros.

MARIZOLA.

Sí, señor mío, que mayor gloria para nosotros; para mi Perfecto que, ya vé usted, Don Pego, si la querrá ¡el pobre! que soñaba con Petrisca y me hacía á mi soñar. ¡Ya vè Vd., á mí.. !

DON PEGO.

(Algo gangosa, su voz, causada por la emoción).—Sí, indudablemente serán felices; pero en mi deber y en mi conciencia estaba (como padre que... puede decirse que soy de Petrisca) cerciorarme de todo y reflesionar con detenimiento sobre las causas y concausas de un acto tan transcendental, tan importantísimo, ¡un sacramento!, como éste que une en lazo indisoluble á dos seres con alma inmortal... *(Todos miran á Don Pego con admiración. Este sigue solemne y grave).*

Un acto tan eminentemente elevado como este del matrimonio que es la *base* de la familia, como la familia es *base* de la Sociedad y *á la vez* la Sociedad *base* del Estado *(cómicamente orgulloso)* quien me dispensa la honra de que le preste sus servicios.

SR. SALMÓN.

Muy dignos, muy dignos don Pego.
(Marizola hace coro á su marido. Seña Dela

sonríe, tal vez maliciosamente, quizá orgullosa de las alabanzas).

DON PEGO

Pues nada, mi querido Sr. Salmón, agradable y simpática Marizola *(aquí un gesto veladamente irónico de Don Pego en las opulencias marchitas de Marizola)* ya lo saben, lo he pensado muy bien, honda y detenidamente durante muchas noches de insomnio *(otro gesto de admiración en las caras de los que escuchan)* y no tenemos inconveniente alguno en que la boda se celebre. Muy gustosos, muy gustosos. Perfecto es un buen chico, nosotros le queremos y de Petrisca no nos toca á nosotros quemar inciensos en su loor *(aquí la admiración crece de punto y Marizola y el Sr. Salmón emocionados, callan).*

SEÑA DELA.

Mi Petrisca tan buena, tan buena, tan... *(la emoción anubla sus ojos y no puede seguir).*

SR. SALMÓN.

Bien, bien, mi Sr. D Pego, qué felicidad. No hay que hablar más de los *chicos*. Todos nos conocemos. Tal para cual. Dios lo quiso así. Serán muy felices.

MARIZOLA.

(Eco fiel de su marido). No hay que hablar, no hay que hablar. Tal para cual. Dios lo quiso y serán felices, muy felices.

SEÑA DELA.

Muy felices. Y nosotros también *gracisa* Dios.

DON PEGO.

Y la fecha como ya otras veces hemos hablado, creo, salvo *su* mejor parecer de ustedes, que debe fijarse para el día del Santo patrón, después de la fiesta. Así hay tiempo para todo.

SR. SALMÓN.

Sí, sí, cuanto Vd. quiera nos parece bien.

(Marizola y Señá Dela asienten).

(En el balcón Perfecto y Petrisca continúan el lenguaje de sus miradas sostenidas, interrogadoras...)

ESCENA III

Balada á la luna

En las estribaciones de una sierra, entre el misterio de los viejos robles, una casa blanca, muy pequeña, tiene dulzores de claridad lunaria. Y la soledad de la media noche y el supremo encanto del cielo azul que viste esplendores de armonía y la nota suave de la canción clara del regato rumoroso y la brisa ingrávida y el perfume de salud, primaveral, da en los ojos espectadores la ilusión de una mujer que sueña, de una mujer que ama, melancólica y dulce, cara al cielo—sobre el balcón de la casita blanca reclinada, en fervorosa plegaria de silencios, de quietud...

En una habitación de la casa, sentada en un sofá, la vieja Trini dormita ausencias de juventudes gratas.

Petrisca, en el balcón, vuelve hacia la vieja su cara, que retrata un gesto de cansancio.

En la lejanía se percibe el rumor de unos pasos innobles, tal vez de un *bruto* animal que conduce impaciencias de caballero andante, turbando la poesía de la noche.

PETRISCA.

(Atenta al rumor lejano). Trini, Trini, despierta mujer.

Creo sentir el caballo de Perfecto. Es él, si, mira, baja á abrir.

TRINI.

Voy, voy chiquita. Vaya unas horas de venir *(malhumorada).* Y eso estando como estás y á los dos meses de casados.

¡Perros de hombres! *(Sale).*

PETRISCA.

Vamos, mujer, calla. Anda; ya está ahí.

PERFECTO.

(Que llega, besa y abraza á Petrisca, quien recibe con fría pasividad las ternuras de éste).— Te sientes bien? —Estás enfadada chiquita? — No, pues mira, no he podido venir antes. Los negocios, chiquita, los negocios.

A última hora, esta tarde, se presentaron varios en casa á liquidar unas partidas de géneros y, ya ves, un compromiso. Luego, al casino, se hizo tarde, cenamos, yo pensando en tí siempre, hasta que pude trotar á tu lado, porque este maldito caballo no sabe más que trotar.

PETRISCA.

(Displaciente). No, no te disculpes, no hace falta. *(Con resolución).* Yo ya estoy buena, mañana mismo me voy á casa y así no te tienes que molestar más.

PERFECTO.

(Con ingenuidad). No, mira, no te enfades; es preciso que te estés aquí toda la primavera. Ya sabes que es orden de los médicos.

Bien lo siento yo. Tu aquí, sola, pero es preciso.

Yo no puedo, no podría. Acostumbrado toda la vida, todos los días y todas las horas al olor de... el trabajo, al trabajo contínuo, no sabría, no sabría, aun con tu cariño, *(más ingénuo)* hacer otra cosa, no podría acostumbrarme á pasar aqui los días, sin hacer nada.

PETRISCA.

(Con decisión). Bueno, pues yo estoy bien y me marcho. - Qué saben los médicos?

Neurastenia... los nervios... mucho campo... aire libre...

¡Bah, que tontos, que tontos, qué saben ellos!

Es mi caracter, es mi alma *que formaron de luces y de nieblas... (Se queda abstraida...)*

PERFECTO.

Lo que quieras, chiquita, lo que quieras, pero aquí estás bien. Yo te traeré libros para leer. Te entretendrás con ellos. Mira, unos muy bonitos,

que *casi me los sé* de memoria tiene mi padre: «*El cura de la aldea*» y «*La mujer adúltera*». Te los traigo si quieres; *(mimoso)* pero no seas tonta, no te enfades.

PETRISCA.

(Con un dejo de leve ironía). Déjame de libros. Ellos tal vez han contribuido á mi estado. ¿Y novelas?

Eres un *primitivo;* estoy cansada de lecturas; no hay más que una novela y esa es la de la Vida, que la forma, sabia, para cada uno la suya, con los errores y las equivocaciones de la fatalidad nunca comprendida... *(Inconscientemente sus ojos tristes miran á la luna, al cielo, á alguna lejanía grande é ignorada...)*

PERFECTO.

No pienses Petrisca, no digas eso. Ves? Te pones mala. Si yo te quiero, si te quiero mucho. Dudas que te quiero? Hago cuanto quieres, trabajo siempre porque te quiero...

PETRISCA.

Si, ya lo sé, que me quieres... que me quieres... Me lo has dicho muchas veces, *(con desaliento)* muchas!

PERFECTO.

Y no me canso de repetirtelo. *(Con ardores cómicos).* Aquí ahora, á la luz de la luna... *(La palabra le falta... se sofoca, sin saber que decir... Al instaute, azarado, atropellándose las palabras*

en las prisas de que la idea salvadora no se le vaya, sigue:) ¡Ah! pues los libros son hermosos. Escucha; leí yo una novela que describía una escena como ésta nuestra *(sigue el rapto... ó atropello)*... «*La dama bella, junto al balcón, algo pálida su tez ambarina, sin duda por el insomnio de la espera, recibía en brazos de su galán, que la contemplaba con estático arrobamiento, la filial ofrenda de su virtuoso amor, en palabras llenas de pasión de fuego... La besó en la frente y...*

PETRISCA.

¡Oh! Calla, no sigas, no *(arrebatada, con disimulada desesperación)*. Si ya lo sé, me lo has recitado otras veces.

Vamos á recojernos y mañana me marcho.

Alquilas un coche y á comer á casa.

(Llamando). Trini?

TRINI.

(Entra). Que quieres chiquita?

PETRISCA.

Prepara, arregla todo. Mañana nos vamos. No quiere Perfecto que esté aquí más. *(Sonrie)*.

PERFECTO.

(Resignado, con pena por no haber terminado su pasaje...) Vamos Petrisca. *(La coge del brazo — Sale)*. Luego te acabaré de contar ese pasaje...

TRINI.

(Al paño, al verlos alejarse, filosofa en su lenguaje rústico.) Está visto. El no puede ó no sabe estar siempre á su lado. Ella se aburre...

Está visto: son incompatibles el Amor y el Comercio....

(La noche, fuera, en la soledad del campo rima con liturgias serenas una canción de nostalgias á la luna)...

ESCENA IV

Epílogo sentimental

Preséntase á la vista del espectador una habitación con puerta á la izquierda, y un balcón al fondo, entorna la en cristalería. Varios muebles, que se reparten por la estancia con inarmónico desconcierto. Tal vez ésta sirvió ó sirve de alcoba nupcial en donde dos voluntades contrapuestas derrocharon *sus gustos* de galante feminidad el uno, de rústicos refinamientos otro. Muchos espejos, muchos encajes en una grata penumbra de tonalidades azules sobre los muebles, sobre el ambiente, sobre el lecho blanco que se destaca borroso....

Hay en la habitación una intimidad de perfumes de mujer, de violeta...

Anochece en un día otoñal de nieblas, sin Sol

PETRISCA.

(En el lecho, sobre la almohada blanca, resignadamente dolorosa su cara pálida y el busto gracil esfumándose como el tallo abatido de una flor entre la sedería de la colcha azul, habla con

NELA

(que sentada junto á la cabecera del lecho, reclina su hermoso busto, escuchando las palabras vacilantes, entrecortadas de su amiga).

Breve rato hay un musiteo de palabras quedas, que susurran las dos mujeres en un rezo de oraciones intimas.

¿Leves murmullos de salmodia pagana, á flor de labio, en corazones cristianos?

¿Triste melodía de un alma enferma que vió el sol una mañana de Abril?

¿Armonía de paz en el supremo instante de la Verdad?

Oración... música... rumor de labios....

Silencios.

PETRISCA.

Mira Nelita, rica mía, ahí está el libro. Es el devocionario que me regaló Perfecto el día de la boda.

Muy bonito. Lo tiene todo.

En la Epístola de San Pablo la hallarás...

NELA.

(Coge un libro de una mesita pequeña, junto al lecho: lo abre). ¡Ah, sí!

Aquí está. *(Saca una flor disecada, envuelta en un papelito de seda).*

Tómala. *(La entrega á Petrisca).*

PETRISCA.

(La coge en sus manos, la alza hasta su frente,

nueva y mística sacerdotisa de la consagración de otro cuerpo divino, inmaterial y fuertemente religioso de sus internas creencias y después, con suavidades de rito, la lleva hasta sus labios febriles que dejan en la flor un beso lleno de amoroso recogimiento). Toma Nelita, *(devuelve á esta la flor)* tu sé la darás. Me la entregó él, el primer día de novio de nuestra felicidad...

¡Que la conserve siempre!

Un beso y una flor valen más que los juramentos á veces... Al fin son poesía, purezas del alma ..

Lo otro, miserias de la vida, carne de muerte, cenizas que se olvidan... *(Fatigada su voz como un suspiro).*

Acércate más... dame un beso...

NELA.

(Se acerca emocionada: se oye un beso muy largo, muy intenso). Está tranquila, se la entregaré. Nadie lo sabrá. El guardará el secreto...

Pero no seas boba, nenita, esto pasará. Ya te pondrás buena, no sufras.

¡El médico dice que vas mejor?

PETRISCA.

No, si no sufro.—Ves? ya estoy contenta *(en sus ojos luce una sonrisa de resignación).* ¡El médico!—Y que sabe el médico?

Tu sabes más que él, mi buena Nela.

Ahora mismo, con tu cariño, con tus bondades para tu pobre amiga enferma, has hecho más,

me has dado más alivio que todas las medicinas y todos los diagnósticos de ese buen señor de á dos pesetas por visita...

NELA.

Bah, que tonta, que tonta eres. Ya ves, yo no soy sospechosa y creo que pronto estarás buena.

Sí, riquita, sí, ya lo verás.

PETRISCA.

¡Ah, te engaña tu buen deseo y quieres engañarme! *(Convencida)*. Yo lo sé *(con estóica resignación)* pero se me da igual.

(Se oyen unos golpes en la puerta de la habitación).

PERFECTO.

(Que llega—entra, preocupado, atareado como siempre).—Vamos chiquitas, buena tertulia. *(A Nela)*. Esta, como siempre está sola, su familia, cada uno por su lado, se ocupan poco de ella, y yo, todo el día, abajo, en el *despacho*, no puedo; así que cuando coge á alguien por su cuenta... se desquita, si.... *(A Petrisca)* Te sientes bien? *(A Nela)* Abajo la esperan á usted. Su criada que la esperan en casa.

PETRISCA.

(Contrariada). Si, estoy bien.

Bueno Nela, márchate. Y ven todos los días *(Con vehemencia)* ¡Y no me olvides!

NELA.

Ea, pues hasta mañana. (*Se acerca á Petrisca, se besan*). Adios. (*A Perfecto*). Adios, Perfecto *(con ironía)* que V. siga tan bueno... *(Sale)*.

Perfecto, junto á la cama, la ve marchar.

Sus ojos de hombre fuerte se fijan en Petrisca con insistencia, con deseo, tal vez con pena...

Las luces crepusculares, reverberando su beso frio en la quietud del lecho, recortan, enigmática la sombra de Perfecto, sobre la paz irreparable del mismo.

Y, flotando en el silencio, como adscrito al sortilegio de la tristeza ambiente, el conjuro evocador de la almas y las cosas, trae al espiritu la visión trágica y suave de una rosa blanca, sobre un búcaro azul, tronchada para siempre, un dia oscuro, de escondida tormenta, en el jardín de la humilde infelicidad...

CEST FINI.

b. Pulsr Rammbrp